

SINCRONICIDAD

Virginia Eguren y Nelson Caracó

El advenimiento de las nuevas teorías científicas de la relatividad y cuántica, no sólo trajo consigo nuevos aportes al campo de la física, sino que inauguró un nuevo paradigma que orientará de allí en más la investigación, pasando a cuestionar las bases mismas del pensamiento científico y filosófico imperante en occidente.

Si la ciencia clásica proclama los postulados relativos a la búsqueda de objetividad, distancia óptima, autonomía del observador frente a lo observado, determinismo, certeza, causalidad lineal; la ciencia cuántica, va a hablar de indeterminismo absoluto, incertidumbre, acausalidad, implicancia, de la afectación que sufre el campo de lo observado ante la presencia del investigador y de los instrumentos de medición.

Tenemos entonces dos paradigmas, dos modos de concebir y explicar el universo que nos rodea, que en primera instancia podríamos percibir como opuestos, pero que establecen entre sí una relación de complementariedad.

Lo que llamaríamos el descubrimiento del inconsciente surge en pleno auge del positivismo, positivismo que, sin embargo, guardaba paradójicamente ya en su seno, el nacimiento de un modo diferente de concebir el mundo. Freud ha tenido el mérito, innegable, de legitimar en ese mundo positivista al inconsciente, y al psicoanálisis como una ciencia, y para ello se valió de los parámetros admitidos y valorados por la comunidad científica. Jung, con una precognición e inspiración visionaria, mirando donde Freud no miraba, observando los discursos que se escondían detrás de los relatos de los enfermos psiquiátricos, los sueños, comparando los ritos y los mitos surgidos en culturas distantes, observó que había algo más allá del inconsciente personal descubierto por Freud, había otro inconsciente más hondo y antiguo, objetivo, perteneciente a toda la humanidad. Este inconsciente colectivo, está regido por los arquetipos, que son sus patrones constitutivos subyacentes. Ya veremos más adelante, la importancia que adquiere esta noción de “patrón”, en relación al concepto de sincronicidad.

La ciencia pasa entonces del estudio del mundo concebido como estático, a través de leyes igualmente estáticas, al estudio de un mundo dinámico e indeterminado, de energías en transformación, que requerirá para su comprensión, de un abordaje diferente.

El estudio de las partículas elementales en física, tendría en la psicología su correspondencia en el estudio del inconsciente personal; así como el estudio de las simetrías fundamentales, encuentra correspondencia en el estudio del inconsciente colectivo y arquetipal.

Heisenberg descubre que más allá de las partículas elementales, existen las simetrías fundamentales, y que aquellas no son más que la expresión material de estas últimas. Para Jung, el psiquismo individual actualiza, a través de la vivencia personal, arquetipos universales, que son también, patrones de simetría. Todo el universo es, en última instancia, la materialización física y mental, de patrones de simetría.

Dentro de esta cosmovisión, se encuentra la noción de Unus Mundus, La Sincronicidad es, precisamente, una de las formas como se expresa el modelo de ordenamiento que Jung llamó Unus Mundus, que postula la unidad subyacente a todos los fenómenos del universo. Von Franz describe lo que sucede en el evento sincrónico de esta manera: “En los fenómenos de sincronicidad, o los ejemplos de ordenación plena de sentido, surgen imágenes en el campo visual interno que se hayan en relación de analogía, con arreglo a un sentido y con respecto a acontecimientos objetivos, sin que entre ambas clases de acontecimientos pueda demostrarse una relación causal.” La ausencia de relación de causalidad lineal, es lo que lleva a Jung a denominar a la sincronía, como la “ley de las conexiones acausales”. La sincronía nos permite dar cuenta de la existencia del Unus Mundus.

Esta expresión simultánea del patrón, en un plano físico y mental, que da lugar a la sincronía, es explicada por Jung por el aspecto “transgresivo” o expansivo del arquetipo, que le lleva a constelarse en un nivel psíquico, a la vez que más allá de éste. Pero no olvidemos, que dentro de la noción de Unus Mundus, no podríamos hablar

de plano mental y físico como separados, sino como manifestaciones diferentes de la unicidad.

Esta expresión simultánea del patrón o arquetipo, en ambos planos, con arreglo a sentido, es lo que denomina Sincronicidad. El sujeto es quien asignará significado al evento singular, que de otra manera no sería tal, o pasaría inadvertido.

En el encuentro del mes compartimos nuestras impresiones sobre el tema de las sincronicidades en la vida. Apuntando fundamentalmente a la experiencia personal, inspiraciones, razonamientos e intuiciones al respecto.

Alguno expreso que es un gran misterio. Que hay sincronicidades positivas y negativas, donde las cosas parecen confabularse “para bien” o “para mal”. O que simplemente es una señal, un llamado de atención, pero de algo inescrutable.

Quedo clara la diferencia entre “sincronicidad” y “sincronismo” (solo coincidencia en el tiempo de dos o más hechos).

Siendo todas teorías en la vida, hemos reflexionado que el ser humano vive principalmente sus condicionamientos culturales y, principalmente en occidente, por lo menos en los últimos miles de años, nos hemos acostumbrado (y condicionado) a concebir las cosas como separadas y casuales, lo opuesto a lo que sugiere el arquetipo de Unus Mundus de Jung.

Nos preguntamos también cuales son las posibilidades filosóficas actuales al respecto. Ortega y Gasset plantea que corresponde primero a la filosofía “solucionar las cosas”. En su crítica al Realismo y al Idealismo (Descartes) de los últimos siglos, plantea que primero está la vida y en ella las cosas y la propia persona (“Unas lecciones de metafísica” 1934) y “tomamos posesión” de la propia persona. A partir de ese tomar posesión, en medio de la unidad manifestada inicial, comienza la dualidad o diversidad y la aparición y profundización en la cultura de las cosas como separadas e inconexas, casuales.

El tomar posesión de Ortega es equivalente a la “identificación” de la filosofía oriental (Vedanta), consecuencia de lo que describe como efecto de Maya, la ilusión, que hace percibir “dos” donde hay solo “uno”. Y plantea que allí comienzan todos los fenómenos en medio de lo manifestado: al reconocerse como algo perezoso aparece el apego a lo que conserva la vida y el rechazo a lo que atenta contra ella; y del devenir de estas dos tendencias surge el entramado total de la vida psicológica. La filosofía oriental resuelve esto recuperando el estado de conciencia previo a la identificación, donde se es la subjetividad pura, solo testigo de todo lo que acontece a la persona, ya no identificándose o tomando posesión. Desde aquí se percibe la vida como una manifestación única, donde todo está interrelacionado y por tanto las sincronicidades serían solo situaciones donde dicha interrelación permanente se torna más notoria o queda más en evidencia y nada más.